



cuando el peligro sea inminente; á despertar á la ciudad del perezoso sueño, y armar á los cultivadores en defensa de sus campos, y á combatir, poniéndose á la cabeza de ellos, contra una gente desprovista de toda virtud, sin deponer las armas hasta haberla reducido á la condicion de ilotas.

Habiéndose hecho despues cristiano, continuó Sinesio estudiando á Platon, tratando de conciliarlo con el Evangelio, y tal vez dando á aquél la preferencia. Esto lo hacia ir á parar á opiniones metafísicas ménos justas; creia en la inmortalidad de las almas, pero no en la eternidad de las penas; tenía ideas puras sobre la esencia divina; pero consideraba como frívolas las cuestiones sobre los dogmas. Por apego á sus opiniones, ó por no separarse de una esposa muy querida, rehusó por mucho tiempo el obispado de Tolemaida en la Cirenaica, y escribía á su hermano: «Divido el tiempo entre el placer y el estudio; cuando estudio, principalmente, si es sobre cosas del cielo, me re-»cojo dentro de mí mismo; en las diversiones soy el mejor compañero. Pero un obispo debe ser hombre de Dios, separarse de todos los placeres; tiene sobre sí mil miradas que ob-»servan todos sus actos, y necesita ocuparse exclusivamente en cosas celestiales, no sólo para sí, sino para los demas, siendo el doctor de la ley y debiendo hablar como ella.» Y añadía: «Tengo una mujer que he recibido de Dios y de la sagrada mano de Teófilo, y de-»claro, que no me quiero separar de ella, ni tener que aproximarme á ella, á escondidas como un adúltero; ántes por el contrario, de-»seo tener de ella muchos y virtuosos hijos.»

Tan importante pareció conquistar á Sinesio, que á pesar de todo fué ungido obispo. Y á la verdad, manifestó comprender bien la dignidad de su grado y la distincion entre el poder eclesiástico y el temporal. «Antiguamente»(escribía) unas mismas personas, eran jueces y sacerdotes; pero practicándose así del todo humanamente la obra divina, separó Dios estas dos existencias, quedando la una religiosa y la otra enteramente política. ¿Por qué reunir lo que Dios separó, y á qué introducir en los negocios, no el orden, sino el desór-

den? Nada más funesto. ¿Necesitais proteccion? Id al depositario de las leyes. ¿Os hacen falta cosas de Dios? Id al sacerdote de la ciudad. La contemplacion es el único deber del sacerdote digno de este nombre (1).»

Cuando Andrónico introdujo suplicios y torturas inusitadas en aquella colonia griega, empleó Sinesio súplicas y consejos para mitigarlo; y viendo que de nada servian, le excluyó de la iglesia de Tolemaida, exhortando á las demas de Oriente á que hiciesen lo mismo. No creia que usurpaba los derechos seculares protegiendo á su grey; pero cuando aquel gobernador perdió su dignidad, Sinesio le protegió contra el pueblo irritado.

El imperio, que no sabia refrenar á sus magistrados, mucho ménos podia contener á los bárbaros. Hordas enteras, en las cuales iban armadas hasta las mujeres, se precipitaron sobre la Cirenaica devastándolo todo, sin perder más que á los niños para reparar la pérdida de su gente. El obispo lloraba en medio de la tempestad que destruía la civilizacion griega y la cristiana; y mezclando ingenuamente los recuerdos devotos con los profanos, decia: «¡Oh Cirene, cuyas tablas hacen ascender mi raza hasta los heraclidas! ¡Antiguas tumbas de los dorios, donde no podré alcanzar un sitio! ¡Desgraciada Tolemaida, de quien seré el último obispo! La congoja me impide decir más: sobrecójeme enteramente el temor de verme obligado quizá á abandonar el santuario. Es preciso embarcarse, huir; pero cuando me llamen para la marcha, suplicaré que me esperen; ántes iré al templo de Dios, andaré al rededor del altar, bañaré con mis lágrimas el pavimento, y no me separaré de él sin haber besado el umbral y la sagrada mesa. ¡Cuántas veces invocaré á Dios! ¡Cuántas estrecharé las puertas del santuario! ¡Pero la necesidad es indómita y omnipotente! ¡Cuántas veces todavía me pondré de pié sobre las murallas y defenderé el paso á nuestras torres! Estoy abatido por las vigiliás, por la fatiga de disponer de noche los centinelas para custodiar á muchas noches espiando el curso

(1) Synesii opera, p. 198.



de los astros, los que me guardan. Yo que he pasado en vela me veo ahora debilitado por velar para defendernos de las correrías de los enemigos. Apenas me he dormido algunos instantes medidos por la clepsidra, se inter-»rumpe mi reposo por la voz de alarma; y si cierro los ojos, ¿en qué tristes sueños me sur-»mergen los pensamientos del día! Los veo der-»rotados, aprisionados, heridos, cargados de cadenas, vendidos como esclavos... Mas yo permaneceré en mi puesto en la iglesia, col-»caré ante mí los vasos sagrados, abrazaré las columnas que sostienen la santa mesa, allí permaneceré mientras tenga vida; allí caeré muerto. Yo soy ministro de Dios; y si acaso es necesario que le haga el sacrificio de mi vida, Dios dirigirá una mirada sobre el altar regado con la sangre del pontífice.»

Animados los ciudadanos de Cirene por sus palabras y su ejemplo, defendieron la ciudad y rechazaron á los bárbaros que la asediaban; los cuales, habiéndose esparcido por el resto de la provincia, la despoblaron para siempre. Quizá el obispo pereció tambien bajo la espada enemiga ó por el dolor.

Sinesio, orador y poeta, escribe con elegancia, tocando á veces en lo sublime, y sabe adornar las materias más abstractas, ya con poesías, ya con rasgos de historia y mitología. Dirigió á su futuro hijo un discurso sobre su vida literaria, en que expone, que para llegar á ser no sofista, sino filósofo, habia estudiado en Dion Crisóstomo, y cultivado, á imitacion de éste, el arte poética juntamente con la oratoria. Al discurso de aquel elocuente escritor en alabanza de los cabellos, opuso Sinesio el elogio de la calvicie, trabajo lleno de brío y de alusiones agudas, mezcladas con observaciones morales. En el Egipto, ó sea de la Providencia, retrata la condicion del imperio romano bajo la alegoría el Osiris y Tifon, aspirando á demostrar que las calamidades públicas no dan razon para dirigir quejas contra la Providencia. Otros tratados suyos nos lo manifiestan como feliz imitador de Platon en el modo de ocultar con felices expresiones los pensamientos sublimes. Sus ciento cincuenta y cuatro cartas, amistosas ó de negocios, son tan agra-

dables cuanto instructivas; en ellas ya ofrece el testimonio de su respeto á la bienaventurada señora Hipatia (ἑσποῖνα μακάρια), su madre, hermana, maestra y gran bienhechora; ya refiere á su hermano su travesía á Constantino-»pla; y siempre obtiene el fruto más precioso que puede dar de sí un escrito, el amor de los lectores.

Tambien compuso diez himnos yámbicos, en los cuales interpoló con las verdades evangélicas sueños platónicos, hermoseándolo todo con pláticas imágenes, y elevándose á un idealismo meditabundo, que no obstante llega pronto á hacerse monótono. «¡Feliz el que es-»quivando los voraces gritos de la materia, y alejándose de aquí abajo, se levanta con rá-»pido paso hácia Dios! Feliz el que libre de las penas de la tierra, lanzándose por los cami-»nos del espíritu, sondea los divinos abismos. Cuesta gran esfuerzo elevar el alma sobre el ala de los celestes deseos; pero sosten este es-»fuerzo con el ardor que te conduce á las cosas de la inteligencia, y el Padre celestial te se-»manifiestará más de cerca, tendiéndote la ma-»no. Un rayo precursor brillará en el camino, y te abrirá el horizonte ideal, fuente de la belleza. Valor, alma mia; tú beberás en las fuentes eternas; sube con la oracion al Criador, y no tardarás en dejar la tierra. En breve, mezclándote con el Padre celestial, serás Dios en Dios.»

Efren de Edesa ó de Nisive en la Mesopotamia, fué un portento de amor en medio de los litigios á que hasta los santos mismos se abandonan. Su vida corrió separada del mundo; por esto no le nombramos entre los Santos Padres, de los cuales apenas conoció el nombre, hasta que habiéndole sido revelada la gloria de San Basilio, fué á visitarlo y á acusar su admiracion. Ignorante completamente del griego, sin educacion, abrazó la vida monástica, y fué el panegirista de ella, desde que observó sus portentos en Egipto. Fué tan pobre, que nunca tuvo cama, baston, ni alforjas; velaba, ayunaba, y sobre todo, derramaba muchas lágrimas; lleno de verdadera humanidad, tan sólo se alababa de una cosa, de no haber dicho nunca mal de ninguno, y de no





haber tenido una disputa con nadie; reprendiase el haberse inclinado demasiado á la misericordia, por lo cual esperaba perdon.

Exhortando á los monjes en las *Párenesis*, da casi una regla á los trabajos y á las oraciones de éstos; en los *Discursos sobre los Santos Padres que murieron en paz*, presenta con rasgos de amor y de imaginación la vida de los pastores solitarios de la Mesopotamia.

En la *Confesion* nos describe su vida, ó mejor dicho, la manera con que pasó desde la duda á la certidumbre católica. La unción y la sencillez son las dotes características de su estilo, el cual es rico en imágenes, tomadas en su mayor parte de la vida campestre, limpio de los adornos retóricos, demasiado comunes en los Padres griegos, y en el cual se muestra conocedor profundo de las Santas Escrituras, que cita oportunamente (1). Habiendo compuesto los gnósticos, y especialmente Bardesanes y Armónico, himnos que eran cantados por muchos como inocentes, aunque estaban llenos de errores, Efren hizo otros en número de cincuenta y dos sobre el mismo aire y de recto sentido, algunos de los cuales se cantan todavía por los maronitas y por los cristianos de la Mesopotamia. Cantó á María con acentos

(1) «Sancti patris nostri Ephren syri opera omnia que extant græce, syriace, ad manuscriptos codices vaticanos aliosque castigata;» Roma, 1737, 6 tomos en folio, bajo la dirección de Gerardo Volfo.

Véanse algunos de sus pensamientos tomados de su sermón ascético á imitación de los *Proverbios*: Poda la palma y se hará más alta. Del mismo modo el alma, libre de los cuidados del siglo, se eleva hácia el cielo.—El que conserva en el pecho la memoria de las injurias alimenta en él una serpiente. El que las soporta cierra al león en la caverna.—Como un arpa multicolorde en manos de un músico diestro, así está toda la carne en manos de Jesucristo nuestro Salvador.—La ira y la envidia bajo el velo de piedad, son agua amarga en vaso de oro: dulce se hará en contacto con el árbol de vida.—La Iglesia no está hecha de columnas, sino de hombres.—El escollo que está en medio del mar no puede impedir que le embistan las olas, pero resiste su impulso. Del mismo modo no podemos suprimir nuestra fantasía, pero sí resistirla.—No es virtud el ser insensible al desprecio, sino verlo y desdenarlo.—La tranquilidad de ánimo, unida al temor de Dios, es un carro de fuego que nos eleva al cielo. ¡Oh tranquilidad, perfección del monje! ¡oh tranquilidad, escala del cielo! V. *Correspondent*. Noviembre, 1814.

que no los empleó más fervientes San Bernardo. Obras ricas en poesía son sus cánticos de muerte (*Necrosima*), destinados principalmente á los funerales de los monjes, en que alaba sus virtudes, los propone como modelos y envidia su suerte, porque «ya no escuchan los gemidos, sino la palabra de Dios, y reciben el galardón del dolor, la prenda de una grande esperanza; no han muerto, sino que reposan en Cristo.»

El pensamiento de una vida nueva es un consuelo de los dolores y de la pérdida de una vida fugaz, sentimiento que basta para distinguir el dolor cristiano del gentilico, como se distingue la desesperación de la sonrisa de la confianza. En la muerte de un niño canta Efren: «¡Cuán acerbo es el dolor de una madre que pierde á un niño! ¡Cuán dura es la separación de una madre de su hijo! Tú, Señor, que amparas á los desterrados de tu casa paterna, tú tendrás cuidado de los huérfanos. «El día en que un hijo muere, abre una profunda llaga en el alma de sus padres, á quienes quita y quiebra el báculo de su vejez: ¡oh Señor! ampárelos tu caridad. La muerte arrebató á una madre su único hijo, y con esto la cortó el brazo derecho, la quebrantó todos sus miembros: ¡oh Dios mío! devuelve á esta madre su antiguo vigor. La muerte separó á la madre de su primogénito; esta madre quedó aislada y acongojada: ¡oh Dios mío! contempla su abandono, consuela su dolor. La muerte arrebató al niño del seno de su madre, y la pobre madre inconsolable, llora su ausencia: ¡oh Dios mío! que vuelva á ver á su hijo en el cielo. ¡Niños afortunados, vosotros gozais de la bienaventuranza de los santos! ¡Infelices ancianos, á quienes la muerte dejó entre las miserias de esta vida! Toda una familia presa de la desolación invoca ¡oh Dios mío! tus consuelos.»

San Cirilo, patriarca de Jerusalem, publicó los sermones en que exponía á los neófitos (*Catequesis*) la sustancia del dogma de la moral y de la disciplina (1); y que son una gran

(1) *Sancti Cyrilli archiep. hierosol. opera ed. Ant. Aug. Toultée*. París, 1720, en folio.



prueba para demostrar la inmutabilidad de la creencia católica. Para lo mismo sirven las instrucciones de Gaudencio, obispo de Brescia, en las cuales brillan á cada paso rasgos de elocuencia.

Discípulo de Pánfilo, mártir en tiempo de Galerio, fué Eusebio de Cesárea, á quien por esta razón se le dió el sobrenombre de Panfilo. Educado en Palestina, fué también encarcelado, y se sospechó que recobró la libertad sacrificando á los dioses. También favoreció á Arrio, hasta que éste fué convencido de herejía y condenado. Ávido explorador de todas las teorías, trabajó para conciliar las gentílicas con las cristianas, por lo cual en sus libros mezcla las doctrinas de Cristo con las de Pitágoras y Platon. Además de la vida de su maestro, compuso cinco libros en defensa de Orígenes, y controversias teológicas, principalmente contra Marcelo de Antioquia, en que deja descubrir algunas dudas sobre la naturaleza del Verbo.

Su obra más importante es la *Preparación evangélica*, en la cual reunió pasajes de más de cuatrocientos autores, en gran parte perdidos, que sirvieron de introducción filosófica á la ciencia del Evangelio, demostrando contra hebreos y griegos, que éste no fué adoptado con torcida fe y temeraria credulidad, sino con sumo juicio, porque era superior en mucho á todos los sistemas gentílicos. Emplea los seis primeros libros en demostrar la vanidad de estos sistemas, y en los otros nueve expone los motivos que indujeron á los cristianos á preferir la teología de los hebreos. Examina la cosmogonía de los fenicios, según Sanconia, la de los egipcios, según Maneton, la de los griegos, según la exponen Diodoro de Sicilia, Evemero y Clemente de Alejandría, y sostiene que la doctrina de Platon es en poco superior á la vulgar, y que las interpretaciones alegóricas de los romanos, pues que la creencia común la tomaba en el sentido material. Tampoco sirven en su concepto las explicaciones que se dieron de ella, valiéndose de la historia natural, pues el culto y los sacrificios de los gentiles, se dirigían á los demonios arrojados

de la tierra por Jesucristo; y añade que es un error creer en el destino ó en el poder que las estrellas ejercen sobre los actos humanos. Venidos sus adversarios, entra á examinar la naturaleza del sistema hebraico, y principalmente las fuentes de éste, y opina, que si los filósofos griegos, y especialmente Platon, tuvieron algo de bueno, lo tomaron de las sagradas letras, y que vacilan en lo demás en vanas hipótesis y en perpétuas contradicciones.

Después de probar la verdad de la doctrina hebraica que fué preparación, continuaba en la *Demostración evangélica*, probando por qué razón habían descartado los cristianos de la excelente doctrina de los judíos algunos modos de vivir, convenientes tan sólo para un pueblo particular, obligando á sacrificar en un solo templo, pero que eran imposibles en una religión que abraza la universalidad de las gentes.

Para hacer que se tuviese fe en los libros históricos del Antiguo Testamento, compuso la *Crónica ó Historia Universal* en dos libros: en el primero refiere los acontecimientos principales de todos los pueblos é imperios, desde la creación del mundo hasta el año 325 de Jesucristo, dedicando una sección para cada pueblo, valiéndose de extractos de muchos autores hoy perdidos; el segundo libro se compone de tablas sincrónicas, en las cuales de diez en diez años pone los nombres de los monarcas y los principales acontecimientos desde la vocación de Abraham. Esta obra ha sido encontrada en nuestros días (1); y aunque el provecho que de ella se ha sacado no ha igualado á las esperanzas que se tenían, no obstante, si bien añadió poco, sirvió para confirmar los conocimientos que poseíamos por otra parte.

En la vida ó panegírico de Constantino llevó Eusebio la adulación hasta suponerle en comunicación inmediata con la divinidad, y hasta animarle á declarar al mundo lo que sabía por sus visiones; sin embargo, tomando á veces la gravedad episcopal, le insinúa las verdades evangélicas, y mezcla con las alabanzas útiles y severas lecciones.

(1) En Constantinopla, en una versión armenia, publicada en Milan por Mai y Zorab en 1818; y después mejor por Aucher, en Venecia, en 1818.





Escribió también la primera historia eclesiástica desde el origen del cristianismo hasta el concilio de Nicea; ó mejor dicho, una colección de memorias contemporáneas unidas y ordenadas con método y discernimiento, y expuestas con franqueza y sencillez; sin ellas estaríamos en la oscuridad en cuanto hace relación á los primeros siglos de la Iglesia. No era tanto su objeto hacer de éste un libro edificante para los fieles, cuanto una exposición que poder presentar á los gentiles para sacarlos de sus erróneos sistemas y de las preocupaciones de la educación, poniendo para este fin en un buen término al cristianismo, sin atacar de frente la antigua creencia y excluyendo las discusiones hostiles. No hace mención del arrianismo, y quizá terminó expresamente su historia en el año anterior á aquel en que fué condenada esta herejía, para evitar de este modo el tener que descubrir su inclinación á ella. Conoció Eusebio que la historia debía tomar un nuevo aspecto. «Mientras los demas, dice, refieren las victorias y los triunfos de los primeros capitanes y las varoniles hazañas de héroes ensangrentados por defender su patria, sus hijos y sus bienes, nosotros que escribimos la historia de una vida divina, no tenemos que exponer más que guerras sagradas, emprendidas en favor de la paz del alma y de la conciencia, de la verdad más bien que de la patria, de la piedad más bien que de las personas queridas; y en los perpetuos monumentos de las letras debemos hacer consignar la heroica constancia de los atletas cristianos, la invicta robustez de sus almas, los trofeos erigidos por ellos contra los demonios, sus victorias, mudas bajo el aspecto mortal, y las coronas de perenne memoria que les fueron concedidas (1).»

San Nilo el Mayor compendió, para uso de los cristianos, el *Manual* de Epicteto, y además compuso capítulos parenéticos y muchas cartas, en las cuales expone la moral de una manera que atrae y deleita.

En San Juan Crisóstomo, imagen viva de la Iglesia oriental, como San Agustín lo fué de

(1) Proemio al libro V.

la occidental, se reúnen natural claridad en la elocución, majestad en las ideas, sentimientos patéticos, fuerza de raciocinio, riqueza y atrevimiento de imágenes, y toda la ciencia de su siglo. Gran conocedor de todas las maneras y giros elegantes de la lengua griega, sabía todos los modos con que puede ser dispuesta y variada la palabra, pinta con el brío del drama la fealdad del vicio, ó excita las pasiones en favor de la verdad, aunque oculta diestramente la ventaja que saca del uso magistral que hace de la retórica y de la filosofía.

En Antioquía, cuando todavía no se había entregado á los trabajos eclesiásticos, castigó sus largos tratados, principalmente el del *Sacerdocio*, en el cual no se apaga el sentimiento por lo fuerte del razonamiento. Defendió en tres libros la *vida monástica* contra los cristianos que se burlaban de los monjes, y se alababan, ya de haber golpeado á uno, ya de haber violentado á otro, ya de haber hecho burla de un tercero ó instigado al juez contra él, ó héchole sumir en la prisión. A los ojos de San Juan Crisóstomo, el desprecio de las riquezas, de la gloria, del poder temporal, hacen al monje libre, poderoso, y digno de ser honrado sobre los demas hombres.

Desde la edad de treinta y ocho años en adelante, en que fué ordenado sacerdote, escribió homilias que atraían á escucharlo á los que estaban lejos, y hacían prorumpir á los que le oían en clamorosos aplausos. El que lee á este escritor solamente á trozos, no puede comprender el vigor de sus escritos, porque su belleza está en el conjunto, en el calor que le anima desde el principio hasta el fin, en el movimiento vivo de aquella redundancia asiática, sobrepuesta á una moral siempre pura y generosa; está en la magia de un estilo que viste los pensamientos con las expresiones más propias, claras para instruir, pintorescas para describir, robustas para exhortar, patéticas para conmovér ó consolar. Á una gente que hacia poco habia salido del paganismo, inclinada á dar cuerpo á todo, debía agradar extraordinariamente aquel predominio de la imaginación, de la cual se sirve para mover los afectos más profundos del corazón humano;



siendo inimitable en el arte de conmovér é interesar, sacando instrucción de las cosas más estériles, y revistiendo y coloreando fantásticamente las ideas más sutiles, sin perder nunca la ocasión de excitar á la devoción ó á la ternura.

Sin embargo, este continuo brillo no es bastante variado, y aquella abundancia asiática es más conveniente para el discurso pronunciado que para la lectura. Por estar ocupado en el cuidado de las almas ajenas, falta la lima á las obras que San Juan compuso en Constantinopla; pero el destierro, la desgracia y los contrastes le restituyeron el vigor y la dulzura, que en sus cartas aparece como en sus más gloriosos días.

No divide sus discursos en diversos puntos, uso introducido después por los escolásticos. Conocedor profundo de la Biblia, se atiene á ella estrictamente, sin buscar místicas significaciones ocultas, sino con la interpretación literal, precisa y clara, terminando siempre con la aplicación moral. También escudriñó el corazón del hombre para descubrir en él los vicios, que manifiesta con insistencia y pinta con severidad, aprovechando las ocasiones más oportunas para obtener la enmienda. El sentimiento de las bellezas naturales que nos agrada en San Basilio, se encuentra en San Juan Crisóstomo, unido á una severa moral. «La noche no ha sido hecha para emplearla toda en el sueño. Artífices, carreteros, mercaderes, mirad cómo la misma Iglesia se levanta á media noche; y levantaos también vosotros y contemplad aquel hermoso orden de estrellas, aquel profundo silencio, aquella grande quietud. El alma en esta hora se siente más pura, más ligera, más elevada: las tinieblas y el silencio despiertan la compunción: los hombres que yacen todos en sus lechos como en sus sepulcros, presentan la imagen del fin del mundo... ¡Oh hombres, oh mujeres! Doblad la rodilla, suspirad profundamente, orad: quien tenga hijos que los despierte, y de noche haced iglesia vuestro cuarto; si por su delicadeza no pueden resistir la vela, recen una ó dos oraciones, y después volvedlos á acostar para que se acostumbren á levantarse.»

Con San Juan Crisóstomo espira la elocuencia griega. Treinta y seis años después de su muerte, Proclo recitó su elogio, pobre monumento de una decadencia que no tuvo ya remedio, no volviendo á resonar una palabra elocuente en aquella lengua todavía bellísima y en un país libre de aquellos bárbaros, á quienes algunos tienen por única causa de la ruina del saber en Occidente.

Ni se me oponga al elogio que hago de los Santos Padres la comparación entre sus obras y las de Demóstenes y Cicerón. Los primeros carecen de la severa y sóbria pureza de estilo que jamás deja de agradar en los clásicos; sin un método preciso, y no sabiendo ser sóbrios en las particularidades, hacen frecuentes digresiones y abusan de la erudición, que pretendiendo instruir hasta el fin. En ellos se dejan conocer con demasiada frecuencia los hábitos retóricos, y, cosa rara, esto se ve en sus cartas familiares más que en sus obras oratorias (1). Pero los grandes escritores antiguos nacieron en las circunstancias más propias para fomentar el genio: y sobre aquellos que en el siglo XVII emularon en Francia la elocuencia de los Santos Padres, se reflejaba una civilización, pulimentada por las artes y por la vida urbana y por la magnificencia de una corte que unía el refinamiento al esplendor. En el siglo IV, por el contrario, los oradores cristianos surgen en medio de la decadencia universal, entre invasiones extranjeras é iracundas disputas, grosera afeminación y cobarde envilecimiento; donde ineptos monarcas son gobernados por mujeres y eunucos; donde todo se inclina ante los tiránicos mandatos ó ante la perezosa indiferencia.

Pero si se quiere por un momento no detenerse sólo en las formas (resabio de escuela), sino penetrar en el fondo, se advertirá lo que los distingue de los oradores antiguos: la convicción ardiente, activa, que da vida á todos sus escritos, que hace tan eficaz y tan verdadero su lenguaje, que á todo da interés porque todo es verdadero: calcúlese la distancia que

(1) Por ejemplo, las cartas de San Juan Crisóstomo á Olimpias.